



He aquí el mirador árabe que viene de Toledo, en su versión más postrera, ya en pleno siglo XX. Serán los últimos miradores que se vuelvan a construir en la plaza.



Así eran exactamente las buhardillas para las clases más humildes, pero buhardillas pintorescas y artísticas, siempre sobre teja y no sobre pizarra, como las que se han hecho en la plaza Mayor. ¿Por qué no se ha querido hacer reproducción histórica?



Aquí está lo más lamentable, lo que más sentido de rango e importancia dió a la plaza, la famosa Parroquia de Santa Cruz, atalaya y punto más alto en el Madrid de los Austrias; estaba ocupado este caserón que nada dice. Por su suerte aún se conserva tras él la preciosa capilla de la Parroquia, maravillosamente conservada y hoy destinada a almacén de mercancías para una agencia de transportes!



ORIGENES DE SU ESTRUCTURA

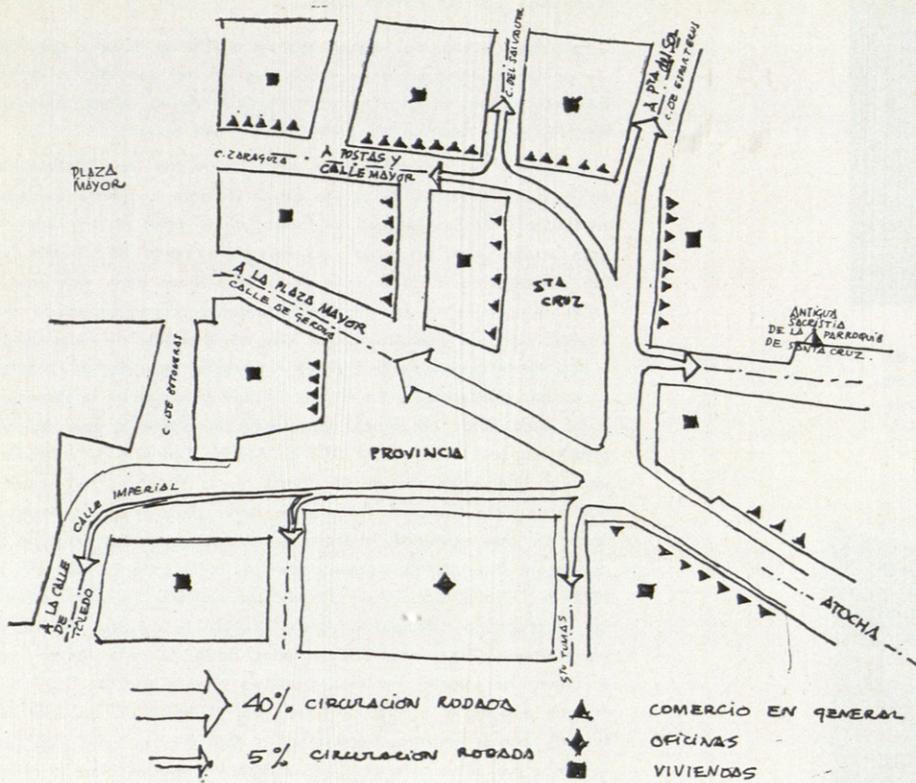
La traza irregular del espacio que es objeto de nuestra atención, no es una consecuencia en modo alguno del capricho o de la falta de sentido estético en los urbanistas de los siglos pasados. Aquello es así porque no podía ser de otra manera.

Veámoslo: es indudable que entre la puerta de Guadalajara, en la calle Mayor, y la puerta de la Culebra o puerta Cerrada, en la Cava de San Miguel, se formó, en la Edad Media todo un gran arrabal que, arrimado a la muralla y partiendo de ella, se fué extendiendo hacia el este de la villa. Pues bien, dos vías o calles principales se adivinan perfectamente como propias de ese arrabal. Dos vías que arrancaban, una de la puerta de Guadalajara y otra de la puerta de la Culebra o Cerrada. Dos vías que venían a confluir precisamente en lo que es hoy la plaza de la Provincia y de Santa Cruz, en busca del camino de Valencia, que no era otro en su comienzo que la calle de Atocha. Dos vías de las cuales una, la que arrancaba de la puerta de la Culebra, corresponde hoy a la calle Imperial, trazada en curva para salvar el desnivel entre los dos extremos, mientras la otra, la que arrancaba de la puerta de Guadalajara, corresponde hoy a la calle Nueva y a la calle de Gerona, principio y fin de una animada vía desaparecida en su recorrido principal y central cuando la construcción de la plaza Mayor. Plaza con dos entradas desde la calle Mayor, por el lienzo del Norte, sin más finalidad que la estética; con una entrada o salida a la calle de Toledo por el lienzo del Sur, entrada forzada por la apertura hacia el siglo XVII de esa calle, con que se quiso dar solemne y obligado acceso a la nueva plaza para los que llegasen de la ciudad imperial; pero con una entrada natural o necesaria en un extremo del lienzo del Oeste y otra, igualmente indispensable, en el otro extremo del lienzo del Este, las dos en dirección oblicua a las correspondientes rectas del cuadrado, a fin precisamente de orientar y conectar el tránsito entre esas dos calles, la Nueva y la de Gerona, principio y fin, como decíamos, de esa vital calle destruída totalmente en su parte central. Puertas únicas realmente obedientes a la circulación natural propia de la plaza. Únicas que proclaman el verdadero y natural sentido en la marcha o tránsito acostumbrados de los caminantes de la ciudad o a la ciudad. De los caminantes que iban o venían a Atocha o desde Atocha. ¡Cuán sintomático es el hecho de que hoy, cuando se ha querido cerrar el acceso a la circulación rodada por la plaza, se haya terminado por permitir el tránsito de vehículos precisamente nada más que por esas dos entradas!

Comencemos, pues, por reconocer que el trazado de las plazas de la Provincia y de Santa Cruz es una consecuencia de la disposición primitiva o medieval de aquel arrabal en el que la encrucijada frente a la iglesia de este nombre venía a constituir uno de los puntos neurálgicos de la ciudad, como lugar de confluencia de dos importantes y animadas calles de la misma. Dos calles, la Imperial y la destruída en su parte central, las cuales, en el trance de crear una plaza, por fuerza tenían que cortarse en chafalán, antes de converger, para formarse así la fachada occidental de la actual plaza de la Provincia.

Mas notemos que a ese punto neurálgico confluían también la calle de Esparteros, que subía y sube desde la puerta del Sol (nuevo acceso a la villa creado en la época de Carlos I), así como también la angosta calle del Salvador, camino del templo principal de Madrid, del que había sido la mezquita aljama; calles que, en

Este es el comercio de la plaza de la Provincia y Santa Cruz; platerías y tiendas de confecciones con alguna ligera excepción. Es mercado muy viejo, muchas veces recordado por Lope.



el tramo de ensanchar aquellos espacios, también había que cortar o achafanar en su confluencia para formar la fachada que al norte hoy de la plaza de Santa Cruz domina su espacio. Partiendo de esos dos chaflanes tenía que hacerse, pues, la reforma urbana que a continuación de construirse la plaza Mayor en tiempos de Felipe III se emprendió por los alrededores de la misma, con el afán de seguir embelleciendo la corte. Reforma en la que siempre se tendría que contar, claro es, con la inserción y cómodo acceso al antiguo templo, sobre el solar donde hoy está el almacén de productos farmacéuticos de J. Martín, esquina a la calle de la Bolsa; y reforma en la que también habría que atender al camino vital

de la calle de Atocha, que del mismo modo tenía que seguir confluyendo al recinto acogedor que allí se concibiera.

Bien clara está, pues, la razón del irregular hexágono que forma aquel espacio a base de dos entornos de tres lados. Uno, el regido, repito, por el chaflán entre Esparteros y el Salvador, orientando la plaza de Santa Cruz; y otro, el regido por el chaflán entre la de Gerona e Imperial, orientando la plaza de la Provincia. Entornos en los que se resuelve prodigiosamente el difícilísimo problema de reunir, ante un templo, un mercado y un edificio gubernamental, nada menos que *nueve calles y un camino*, caso quizá único en la historia del urbanismo.

Y aquí está el capirote octogonal del ábside de la actual Parroquia de Santa Cruz, construida el siglo pasado por don Pedro Moya.

Lo único que ha hecho el Ayuntamiento con intención de realzar el sentido histórico y artístico de los antiguos lugares madrileños, ha sido poner esas farolas.

¡Qué lástima que se haya enmascarado el envigado primitivo!

La preciosa perspectiva de la embocadura de la calle de Gerona sobre la plaza Mayor.

